

La Batalla Cultural en América ¹

Armando de Magdalena ²

¹ Clase magistral realizada en la Universidad Católica Silva Henríquez en el marco de la 2ª Escuela de Gestores y Animadores Culturales. Santiago de Chile, Abril de 2006. Editada por Escuela de Gestores y Animadores Culturales, Chile.

² Poeta y escritor Argentino. De una amplia y variada obra, sus trabajos giran casi de manera excluyente en torno a la problemática y espiritualidad americanas, muchos de los cuales han sido premiados y publicados en el extranjero. Entre sus obras se cuentan “La Batalla cultural en América”, “El mito de la civilización”, “Muralismo y memoria”, “Nosotros los Argentinos”, “Los desertores de la esperanza”, “Americanos o cenizas”, “De fundaciones y naufragios”, “Con la luna entre los dientes”, entre otros.

Es ante todo un honor participar en esta Segunda Escuela de Gestores culturales, tanto por la calidad de los participantes en este evento, como por el contexto en el que se realiza y los desafíos que este contexto nos presenta.

La idea era que yo reflexione junto a ustedes sobre la batalla cultural en América. Y digo reflexionar porque este es un tema que siempre me ha preocupado al punto de que a pesar de reivindicarme en lo esencial como un poeta, esta preocupación permanente me ha convertido en una especie de “estudioso”, de discutiador apasionado, devenido en ensayista, y no pocos son los trabajos ya, en los que desde diversos ángulos, he pretendido contestarme y dar respuesta a la tremenda complejidad que encierra para mí la polisemia de eso que llamamos América.

América es un hecho consumado y su rasgo distintivo ha sido siempre, sin lugar a dudas, la dominación. Esa dominación es la que ha generado todos los fenómenos en los que aun nos hallamos inmersos y a los que no hemos podido dar una respuesta acabada y contundente, definitiva. América es, desde aquel 12 de octubre, solo una entelequia y su consumación demanda los esfuerzos de una verdadera generación de hombres nuevos, de hombres verdaderos, de hombres atravesados por el hecho de estar aquí sobre la tierra.

Que significa este estar atravesados por la tierra?... significa que más allá de nuestra pertenencia cultural, más allá de si somos hijos de inmigrantes europeos, de mestizos, o indios no podemos dejar de vibrar al compás de lo que aquí sucede. Nuestro destino por acción u omisión está ligado a este destino de la tierra al punto que el estar aquí nos modifica a todos y cada uno más allá de lo que a veces podamos reconocer.

El mexicano Leopoldo Zea decía con razón que América nace como posibilidad. Y tal afirmación se basa en el hecho de que en América debían materializarse aquellos sueños quiméricos de una Europa frustrada, primero feudal y después absolutista que ahogada en su propio lazo y sin posibilidad de salvarse a si misma, saltó a la cubierta de los barcos para encontrar más allá de finisterra el paraíso o la muerte. Es decir que en la misma esencia del ser americanos hay una gran carga de subjetividad, una especie de mandato que busca consumir sus sueños más sublimes.

América fue un modo de transponer los rígidos moldes de una realidad vital anquilosada.

Y lo que aquí pasó desde ese mismo instante del descubrimiento fue lo que alimentó las mentes, puso a prueba las conciencias, los dogmas y propició un debate, que ya se estaba dando, y que terminó provocando la caída de los tiranos "por mandato divino" que tan poco habían hecho por asimilar las enseñanzas del carpintero de Belén. Con ellos cayeron los tronos y privilegios, también muchos dogmas y oscuros maleficios. Y la aparición de este nuevo mundo, que no era nuevo ni nada que se le parezca, fue sin duda un motivo más que oportuno para que Europa repensara al hombre.

Es aquí en medio del horror de la conquista donde aparecen los primeros humanistas, los defensores de indios, y empieza una lenta reivindicación de las culturas preexistentes. Aparecen hombres como Bartolomé de las Casas, Vitoria y tantos otros que quisieron enmendar lo que ya mal había nacido.

Y aparecen también las primeras crónicas como las de Pedro Martir de Anglería que a su vez terminarían influenciando a los "essais" de Montaigne y estos, a su vez, al célebre "Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres" de Rousseau que más tarde tan bien interpretaría el espíritu de la Revolución Francesa. Esa Revolución Francesa que con sus ideales de "igualdad, libertad y fraternidad" provocó la caída de los déspotas, fue en América, ante todo, un intento desesperado por reunir los estallados fragmentos ocasionados por la conquista.

La unidad espiritual que aun no hemos logrado reconstruir y que tan caro nos ha costado siempre. Los hombres de la Independencia fueron los primeros que tuvieron que afrontar este dilema: el de ser hijos del dominador pero ser a su vez dominados y es en ese sentido que la Primera Gran Guerra de la Independencia no fue solo un alarde de valor y de arrojo sino también un tremendo desafío intelectual y emocional y es sumamente interesante analizar las influencias, como se arquitectó el pensamiento y la afectación de hombres como Simón Bolívar, Andrés Bello, Simón Rodríguez, y toda esa generación de primeros revolucionarios.

De cara al bicentenario debemos profundizar estos aspectos evaluar correctamente los méritos de esta generación porque durante décadas nos han querido convencer de la "mera traslación". Que la primera independencia fue una mera copia del jacobinismo francés, que estuvo motivada solo por factores económicos, cuando en realidad todo lo contrario es cierto.

Nuestros heroes de la Independencia eran un verdadero ejemplo de eclecticismo, en el sentido no solo de influencias tales como las del contitucionalismo norteamericano, el pensamiento económico inglés, el iluminismo y el liberalismo español, sino por sobre todo por que hubo una clara preocupación en ellos acerca de cual era el modo de gobierno que mejor se adaptaba a nuestra realidad, a nuestra ideosincracia y a nuestras tradicones históricas y culturales y también y de manera primordial, por reconstruir la unidad espiritual de lo que llamaban "la América antes española".

Ellos inauguraron una verdadera tradición que nos llega hasta estos días, que nunca ha sido mayoritaria, que nunca ha sido oficial, pero que no por ello ha sido menos fecunda, esa tradición es la de aquellos americanos que se han atrevido a pensar desde sí mismos y a ella han pertenecido no solo hombres como Bolívar y San Martín, sino también hombres como Martí, como Mariátegui, como el Che y tantos otros desconocidos quizás, pero no menos importantes.

La importancia de América en el contexto mundial debe ser revalorada por que fue precisamente América quien ha hecho un de los aportes más decisivos al pensamiento humanista universal ya que fue justamente aquí donde Europa encontró ese nuevo paradigma con el cual construir esa utopía que nos traía para salvarnos.

América no solo generó las condiciones materiales para el surgimiento de un capitalismo a escala planetaria, sino que también generó los valores espirituales para el surgimiento del pensamiento socialista. Desde la "utopía" de Tomás Moro, a la "Cívitas Solis" de Tommaso de Campanella, la "Atlántida" de Francis Bacon, los "essais" Montaigne todo

está atravesado por la América arcana e inmemorial de nuestros antiguos ancestros. Nuestra América era la Anthilia de los antiguos mapas y portulanos, la utopía, la isla de San barandán que flotaba en la inmensidad del océano y mil otros nombres más con que la registraba la imaginaria medioeval.

Una imaginaria que necesitaba de esa tierra incógnita a mitad de la nada para poder sobrellevar la tremenda oscuridad del medioevo. Aquí era donde los ideales más altos de la humanidad tenían una oportunidad para ser consumados y esa es la carga que se inicia el cataclismo, la colisión de dos mundos diametralmente opuestos pero que sin embargo terminan planteando un nuevo paradigma.

Por eso es que resulta tan difícil abordar este problema. Porque no podemos seguir adscribiendo ni a una “leyenda negra” que presenta al occidente como a un demonio, que confunde el carácter de la conquista con las culturas de los pueblos que la llevaron adelante, como así tampoco adscribir a un eurocentrismo mil veces reciclado, que ha hecho de nuestras excelsas culturas el monstruo rastrero y deforme tal lo mostrara Shakespeare en su obra “La Tempestad”.

América es Ariel y Calibán y es un hecho consumado, hija de una violación pero no por ello menos digna, ya que su aporte a la construcción de esa “humanidad” que, como dice la convocatoria de este congreso, nosotros queremos defender, ha sido fundamental. El problema, en todo caso, es que siempre será una entelequia mientras no se reconozca en el cruce de dos mundos. Mientras no se reconozca en todos y cada uno de esos fragmentos estallados que han interactuado por más de cinco siglos y que empiezan a reunirse ensayando posibles morfologías aunque no terminen nunca de lograrlo.

Yo creo fervientemente que la única posibilidad de América es pensarse como una cultura del cruce. Como una cultura mestiza. No mestiza por la negación de ninguno de sus componentes, sino mestiza en tanto posibilidad sintética, asimilativa, donde todas las culturas intervinientes tengan lugar para desarrollarse en igualdad de condiciones frente al estado, y los estados nacionales.

Por eso es hora también de desmontar las falsas dicotomías, de dejar de aplicar las categorías del “modelo clásico” para explicar la historia y la realidad sociocultural americana. De pasear con el último manual escrito en Gran Bretaña, en Bélgica u Holanda como si ahí estuviera escrito nuestro destino.

Es hora en definitiva de atrevernos a pensar, a riesgo de equivocarnos una y mil veces, desde el centro de nosotros mismos y no desde las fronteras de ninguna gran civilización o imperio por grande o poderoso que este sea.

“La Humanidad” así entre comillas siempre ha sido utilizada por los imperios a través de la historia con fines etnocéntricos y nosotros debemos pensar una humanidad, a secas, una humanidad humana, sinónimo de mancomunidad, sinónimo de culturas interactuando, modificándose, engrandeciéndose unas a otras.

Los países del primer mundo tienen sus propias problemáticas y no tienen estos problemas por la sencilla razón de que han sido ellos los sometidos de todos los tiempos.

Su cultura siempre ha sido “la cultura”, mal podrían entonces generar ellos las soluciones a nuestros problemas.

Fragmentación y diversidad son dos cosas bien diferentes, la una es un serio problema, la otra un capital cultural inconmensurable. Nosotros debemos respetar la diversidad y combatir la fragmentación y la fragmentación existe porque existe una cultura oficial imperante que es reproducción de los valores del dominador y que ridiculiza y subvalora todo lo diferente.

Esa cultura oficial es uno de los dos posibles resultados de la conquista. El otro resultado posible es la resistencia. Y es justamente esa cultura de la resistencia la que nosotros queremos legitimar, la que queremos fortalecer, recrear, la que como dijera Mariátegui, queremos elevar a la categoría de mito para América. Debe ser tarea de una nueva generación de americanos desterrar las visiones, los enfoques y actitudes etnocéntricos, sectarios y mesiánicos, que son los que reproducen consiente o inconseintemente los mecanismos de la dominación, que son el único freno, lo único que posibilita las entrecomillas de la entelequia y que están mucho más allá de un necesario pero insuficiente análisis de clase.

Aquí hay una guerra civilizatoria una guerra interparadigmática y es bueno que tomemos posiciones. A que América nos referimos cuando hablamos de América? A la de las grandes ciudades que miran al mar, a la del país interior, a la de los pueblos originarios y afrodecendeientes, a la América mestiza, blanca o a la de las más recientes migraciones. Y es que la cultura oficial generó el espejismo del progreso, homologando progreso con asimilación, con pérdida de la identidad. Por eso es una cultura de la exclusión y no del diálogo, ella tiene un paradigma que vino en barco desde el fondo de los tiempos y que ha ido mutando de forma más no de contenido.

Ese paradigma se genera de una concepción mediterránea de la historia, y en esa concepción eurocéntrica y positivista hemos sido educados todos y cada uno y no hay pensamiento en América, incluso el pensamiento revolucionario, que no esté atravesado o al menos acechado por esa concepción. Como bien dijo Martí nunca hubo una real confrontación entre la “civilización” y la “barbarie” sino entre “la falsa erudicción” y “la naturaleza”.

Han pretendido con éxito convencernos de nuestra inferioridad no solo material, no solo espiritual, sino hasta genética, y nos han escrito una historia que no es más que un cuento para descerebrados. América no comienza el 12 de octubre. Nuestras civilizaciones antiguas nada tienen que envidiar ni en antigüedad ni en desarrollo, ni en esplendor, a ninguna civilización en ninguna parte del mundo. No porque seamos mejores sino porque la historia de la humanidad ha sido siempre y también lo es ahora, una gran empresa colectiva.

La globalización no es un fenómeno nuevo, es tan vieja como la humanidad misma ya que el mundo siempre, incluso en la mal llamada prehistoria ha estado comunicado y las influencias han sido tanto de ida como de vuelta.

Esto ya nadie puede ocultarlo y la ciencias arqueológicas que tan buenos servicios han prestado a los imperialismos, lo han empezado registrar esta realidad, incluso han empezado a reconocer la veracidad del mito tan denostado durante siglos por la legalidad de las ciencias positivas.

Esta es mi reflexión fundamental. La posibilidad de una América real radica en esa cultura de la resistencia que se ha desarrollado sobre la base de la negación de un paradigma civilizatorio que nos niega y nos ha negado siempre la más mínima condición de humanidad y en la capacidad de formular una cultura del cruce que sea capaz de contener nuestra tremenda diversidad. Esa dominación y esa conquista no son un hecho del pasado histórico sino un proceso abierto y permanente y es solo a partir de nosotros mismo que podremos ser universales.

La única real dicotomía no es la que existe entre la civilización y la barbarie, sino entre la mera traslación y "la creación heroica". Nosotros no somos la falsa erudición... nosotros somos la naturaleza. •